

LA SANTA CAPILLA.

En los cuadros de los pintores antiguos están representados generalmente los artistas de la edad media arrodillados á los pies de Cristo con una catedral ó un monasterio en la mano, como si arrancaran por un momento de la tierra para enseñársela á Dios, la casa que le habian construido. Este simbolo dulce, al par que grave, lo recuerda siempre el que vea la *Santa Capilla*. Parece una mezquita árabe comprendida entre los regalos hechos á San Luis por un califa amigo, y traída por él al regreso de una cruzada, cubierta aun de arena del desierto, para trasplantarla entre la nieve y el lodo de París. Consultaremos la crónica de su fundacion, y se verá que esta metáfora es casi una verdad.

En 1259, Baudouin, emperador de Constantinopla, se hallaba sin dinero y sin recursos ante una invasion temible de búlgaros que amenazaba á su capital. En tal conflicto el emperador hizo servir la corona de espinas de Jesucristo para rescate de su corona de oro. No fué al papa á quien se la ofreció, sino al que sus contemporáneos proclamaban «mas santo que los sacerdotes,» es decir, al rey de Francia. San Luis la compró en la cantidad de 160,000 libras. «La recibieron, dice un cronista, como se hubiera podido recibir al mismo Cristo.» Una embajada de obispos y barones salió á buscarla. El mismo rey salió á su encuentro hasta el pueblecillo de Sens, y la acompañó hasta París, en donde, con los pies descalzos y la cabeza descubierta, y con una soga ceñida á la cintura, la llevó á la iglesia de Nuestra Señora. ¿Qué cabeza pudo haber mas digna de ceñir la corona sagrada y ensangrentada de la Pasión que la que habia derramado su sangre durante veinte años bajo el casco de las cruzadas?

Sin embargo, Baudouin le habia tomado el gusto á su comercio simoníaco. La capilla imperial de Constantinopla poseía aun gran parte de los despojos del Calvario. Propuso á San Luis otra adquisicion, y

fué un espectáculo singular el de un emperador cristiano convirtiéndose en mercader de reliquias, serrando el árbol del Gólgota, despedazando la túnica del *Ecce-homo* y el sudario del Santo Sepulcro, traficando vergonzosamente á la faz del orbe cristiano con la herencia de su Dios! Un prendero judío que hubiera comprado por mayor á Pilatos la vispera del Viernes Santo los instrumentos de la pasion, para venderlos al por menor á los discipulos y á las santas mugeres, no se hubiera hecho mas digno de vituperio!

La edad media se escandalizó, y el mismo San Luis vaciló. Pero la tentacion era harto fuerte: arrojó sacos de oro al griego en su contrato judaico, y la lanza de Longinos, la esponja empapada en hiel, y la caña de la coronacion burlesca, fueron á formar un trofeo religioso con la corona de espinas. Entonces fué cuando mandó construir la Santa Capilla á Eudes de Montreuil que le habia acompañado á las Cruzadas.

El cristianismo oriental de las cruzadas no tiene tipo mas exacto y esquisito que aquel relicario brillante de piedra. Al ver su arquitectura fina, delicada y esvelta, llena de audacia, de espontaneidad y de capricho, se conoce al instante que es un producto puro y perfecto de la arquitectura árabe, que parece tomar siempre por modelo la tumba de Mahoma, suspendida eternamente en la atmósfera de iman de la mezquita de Medina. La iglesia es muy fuerte; pero no se tiene ninguna idea de su fundamento y cimientos al penetrar en el piso bajo de ella; las frágiles columnas que la sostienen demuestran una audacia loca y atrevida hasta el último extremo. Al subir á la capilla superior, todo apoyo, toda ley geométrica desaparece. Delgadas columnillas recorren la pared como ramas de yedra petrificadas; ningun obstáculo estorba las miradas que se dirigen al instante al azul constelado de la bóveda, y hacen creer al espectador que está

21 DE ABRIL DE 1850.

corazon de los que los llevaron, y vereis sus arterias corroidas por la carie del dolor y del desengaño. ¿Creeis que el talento solo lleva en pos de sí la felicidad y la ventura? ¡Triste error! Los grandes hombres son como el sol: su luz deslumbra y no se pueden observar sus manchas. Colocad por un momento ante vuestra vista el lente escrutador de la severa critica y recorred los pasados siglos. Allí vereis á Aristarco acusado de irreligioso por haber determinado la distancia del sol á la tierra; á Tycho Brahe perseguido por los Aristotélicos por explicar varias leyes astronómicas hoy día reconocidas; á Galileo sentenciado á reclusión perpetua por defender el movimiento de la tierra; á Campanella aplicado al tormento por afirmar la multiplicidad de mundos; á Regiomontano asesinado en Roma por envidia de su saber.

El mundo está lleno de semejantes ejemplos y la historia del genio no es otra cosa mas que un inmenso catálogo de mártires. ¡Terrible condicion la del talento! Cada haz de luz que derrama sobre la tierra para fecundizarla, es un dardo de fuego que lanza sobre su cabeza. La ignorancia, la preocupacion, el fanatismo, esos tres poderosos enemigos de la inteligencia, se opusieron siempre con tenaz empeño al progreso intelectual, y amamantados con los errores de otro tiempo, creian impiedad, sino blasfemia, el disipar esos errores con la luz de la verdad; de ahí el que Aristóteles hubiese abandonado á Atenas denunciado como irreligioso por el sacerdote Eurimedon; de ahí la horrorosa prision de Rugerio Bacon, acusado de *mágico* por haberse separado de las ideas de los filósofos contemporáneos; de ahí el afrentoso castigo de Prinel por haber afirmado la estabilidad de las estrellas; de ahí, en fin, la hoguera levantada por Alejandro VI para quemar á Savonarole por haber escrito su *Triumphum Crucis* cuya obra sirvió siglo y medio mas tarde, para que le diesen el renombre de *santo*.

Por eso el árbol de la gloria nace siempre sobre las cenizas del genio y este jamás logra tronchar una de sus ramas para ornar con ella su abatida frente. ¿Qué importa que el hombre, arrastrado por fogosas y recientes impresiones, coloque sobre la frente de sus héroes las coronas que teje en su entusiasmo, si entre sus hojas se ocultan siempre numerosas espinas que han de abrasar la frente del coronado? ¿Qué han hecho si no con Arquimedes, ese hombre enciclopédico que decia á Hieron: *da mihi punctum et terram movebo*, mirado como divino por sus contemporáneos y asesinado en su aposento cuando meditaba un plan para salvar su patria? ¿Qué con Milciades, acogido en todas partes con la palma de la victoria y sepultado después en una prision para aguardar en ella su muerte? ¿Qué con Napoleón, proclamado como un Dios sobre la tierra y olvidado mas tarde en el remoto peñon de santa Elena?

¡Sin duda que la sociedad cree patrimonio suyo la inteligencia de sus grandes hombres! Sin duda cree suyo el derecho de atormentarles y arrancarles la vida como lo ha sido el dársele ¡Funesta idea! Nada es suyo sino la gloria que le cabe al abrigarlos en su seno, como lo es también el menosprecio de sus descendientes si han comprado esa gloria con las lágrimas de un nuevo martir. ¿Por qué, pues, habeis ultrajado al talento? Por qué habeis ocultado sus cenizas á las generaciones posteriores? Nosotros tenemos derecho á demandáraslas. En donde estan los restos de Homero, de Cervantes, de Camoens, de Bocaccio, del Gran Capitan, de Cortés, de Lope de Vega, de Herrera, de Solís, de Moreto, de Tellez, de Velazquez, de Mme. Cottin, de Mirabeau y de otros mil confundidos para siempre entre el polvo de nuestros antepasados. ¿Creeis que basta á su memoria el monumento de sus obras? No; porque ese monumento le habeis reducido á pavesas cuando no estaba construido con las reglas de vuestro capricho y vuestra ignorancia. No, porque la presencia de las cenizas de un genio puede dar nacimiento á otro. ¿Quién sabe las ideas que habrán brotado en el cerebro de Napoleón al ver delante de sí el sepulcro del Gran Federico, al coger entre sus manos la espada de aquel rey-soldado? ¿La humilde tumba del Tasso, no es deudora á Lord Byron de una de sus mas sentidas composiciones? La Francia cuenta en su diadema literaria una de sus mas brillantes perlas nacida sobre las tumbas de distinguidos héroes.

Desviados un poco de nuestro objeto hemos dejado á los siglos de la antigüedad sin desentrañar de sus páginas los hechos que á las nuestras nos atañen. Tomemos desde la creacion del mundo la exposicion de esos hechos. Los primeros capitulos de la historia están envueltos en las sombras del misterio, como lo están los primeros siglos de la vida humana; pero en medio de esa incertidumbre histórica, en medio del oscuro horizonte del tiempo, brilla un astro puro y radiante como el sol en el horizonte del mundo. Este astro es Homero. Coloso de la inteligencia que marcó con su brazo la senda del saber y el camino de la desgracia. Cantando los versos de su inmortal Iliada recorría los pueblos de la Grecia para ganar un miserable óbolo. Después de Homero, todos los filósofos griegos, todos los profundos oradores, todos los hombres distinguidos de esa na-

cion, cuna de la civilizacion del mundo, sufrieron por su talento las mas crueles privaciones y algunos de ellos la muerte. Diganlo sino Arquiloco, cuyos versos fueron prohibidos en Atenas; Esópo, que después de haber vivido en la esclavitud murió despeñado en Delfos; Cimon, condenado al ostracismo por intrigas del famoso Pericles; Anaxágoras, acusado de querer explicar las obras de Dios y encerrado en una prision; Sócrates, sentenciado á muerte y envenenado; Platon acusado por las alusiones de sus escritos; Demóstenes silbado en la tribuna y abofeteado en público. No he concluido todavía; la historia del genio es un manantial inagotable de semejantes hechos. Después de algunos de los sabios que hemos citado y coetáneos de otros, aparece el divino Sofocles, uno de los escritores mas fecundos de la antigüedad y del cual solo muy pocas obras han llegado á nuestros dias. ¿Acaso hayan hecho con ellas lo que con las obras de Arquiloco y de Protágoras! ¿Acaso hayan servido sus ilustres páginas para iluminar la plaza pública de Atenas! Sofocles, pues, acusado de demente por sus hijos, compareció ante el Areópago, ante ese inflexible tribunal que hizo justicia al poeta trágico condenando á sus detractores al oprobio. ¡Primera y única victoria del talento sobre la calumnia! No sucedió así con Hisperides, rival de Demóstenes, que cayendo en poder de Antiparos le hizo matar; con Menandro muerto de pesadumbre por verse injustamente pospuesto á todos los escritores de su tiempo; con Ciceron asesinado cerca de Fornies; con Ovidio muerto en el destierro; con Teócrito, mandado degollar por Hieron, rey de Sicilia; con Pitágoras, asesinado en una conmocion popular; con Anaxandrido, sentenciado á morir de hambre; con Juvenal, el primer satírico de la antigüedad, desterrado por quejarse de la miseria en que yacian los que á las letras en su tiempo se dedicaban:

cum jam celebres notique Poete

Balneolum Gabii, Romæ conducere furnos

Tentarent; nec foedum alii nec turpe putarent

Præcones fieri (1)

Por eso aconsejaba á su amigo Telesino que si su hijo tenia ingenio le diese la carrera de *músico*, y si no le hiciese *pregonero*. ¿Y no era mejor alquilar los baños de Roma ó de los Gabios que verse, como Jenócrates, encerrado en una carcel por no poder pagar el impuesto que en Atenas se exigia á los extranjeros? ¿No era mejor hacerse músico ó *pregonero* que pedir una limosna, como Jenofanes en el destierro, para sostener á su familia? El mismo Juvenal se acuerda en la sátira que hemos citado de la llorosa Clío, á quien suponen inventora de la historia, que abandonando los valles de la fuente Aganipies, llamaba á los palacios de los grandes mendigando su sustento muerta de hambre y de cansancio. Por eso los que en su corazon rendian culto á esa diosa, pagaban con sus desgracias un tributo á esa divinidad.

Muchos y muy ilustres hombres hemos citado, los cuales bastarian por sí solos para probar que el árbol de la ciencia no es el árbol de la vida; pero ¿olvidaremos á Herodoto que, aun cuando su existencia sea problemática, se quiso que compusiese en el destierro los primeros libros de su famosa historia? ¿á Pindaro multado por haber alabado á los atenienses en una de sus odas? ¿á Séneca calumniado y sentenciado á abrirse las venas? ¿á Horacio confiscado su patrimonio? ¿á Eurípides desacreditado por el eco de la envidia? ¿á Eratóstenes.... mas ¿á qué cansar á nuestros lectores con tan prolifa como dolorosa tarea? Escritos están en la historia los nombres de Eurípides, Fidiás, Demócrito, Aristófanes, Piteas, Esquilo, Safo, Jenofonte, César, Epaminondas, Tucídides, Bruto, Casio y tantos otros que ocultan bajo el velo de su celebridad el cuadro de sus padecimientos.

Dejemos ahora esa época tan remota como floreciente; atravesemos el Gólgota, aunque arranque nuestras lágrimas el ver allí espirar al mayor genio del mundo, al Hombre-Dios, y escribamos segun el órden con que nuestra memoria nos los reproduzca, los nombres de los que llevaron en su corazon el sello del genio y en su frente el anatema del réprobo. En el mismo siglo que J. C. floreció el ilustre Plinio, general y compilador infatigable que deseando leer en las entrañas de la tierra la causa de sus fenómenos, fué envuelto entre la lava del Vesubio que arrebató del mundo las ciudades de Herculano y de Pompeya. Después de esta época hay un vacío inmenso en la bibliografía del saber, y las horas de muchos siglos sonaron al compás de las batallas de que era teatro el universo entero. La voz del genio se apagaba con el ruido de los combates, y los que llevaban la palma de la inmortalidad y de la victoria al frente de sus legiones, cayeron mas tarde agobiados por el peso de sus lauros. A la guerra universal sucedió la paz, al ruido el silencio y la voz imperecedera del poeta cantó entonces la historia de tantas luchas. El Tasso describió la marcha de las huestes de Godofredo al través de las llanuras de la Tierra-Santa, y el autor de la *Jerusalén libertada* fué sentenciado á muerte á la edad

(1) Sátira VII.

de ocho años y anduvo proscrito toda su vida. Ariosto, llamado por Voltaire el mas grande de los poetas modernos, cantó los fabulosos hechos Carlovingianos, y el autor del *Orlando furioso* hubiera muerto de hambre si el duque de Ferrara no le protejiera. Camoens concurrendo al descubrimiento de las Indias escribía su inmortal poema con la enérgica entonación de estos versos:

*Cesse tudo ó que á Musa antiga cantu
qu' outro valor mais alto se levanta,*

y el autor de *Las Lusíadas* abandonó á su patria con las sentidas palabras que muchos siglos antes ventiera Escipion al salir desterrado:

Ingrata patria, non possidebis ora mea.

El vate lusitano no fué profeta; volvió á Lisboa para morir en un hospital y para que sus cenizas se perdieran entre el polvo de las pasadas generaciones (1). Ercilla pintaba la insurrección de Arauco y el primer épico español salió desterrado de la ciudad de Chile, después de haberle conmutado la pena de muerte. Y Ercilla, el poeta guerrero, el protagonista de *La Araucana*, había blandido también su espada, como Garcilaso, que cantaba sus versos de amor peleando sobre la candente arena del Africa y en su destierro en una isla del Danubio. Como Lope de Vega, inagotable ingenio que á pesar de haber recibido inmensos laureos en el campo de batalla y de la escena, legó á sus descendientes la pobreza inherente al genio (2). Como lord Byron, que después de haber sido el blanco de la gaceta de Edimburgo, fué á combatir por la independencia griega, abandonando para siempre á su patria en la cual no quería morir:

....if for the and cloudy clime

Where I was born, but where would not die (3).

Como Cervantes que regó con su sangre las aguas de Lepanto y vino á escribir á un inmundo calabozo su inmortal poema. Como Cervantes cuyas cenizas yacen ignoradas y cuya elígie han rodeado de hierros cual si no bastase á sus padecimientos la cautividad de su vida. Con razon, al ver la estatua de este grande ingenio, exclamó un poeta moderno:

*Si es pedestal ó túmulo se ignora:
mas sin duda temieron que indignado
de la piedra en que está salte á deshora
según se ve de hierros circundado.*

¡Ah! Y si el infortunado autor del Quijote hubiera existido medio siglo antes, las páginas de su obra servirían para alimentar las hogueras de la superstición que las cortes de Valladolid levantaban para todos los libros de su época (4). ¡Oh mares de la inteligencia que han llenado el mundo de cenizas sin tener en cuenta que sobre la lava que rodea los volcanes la vegetación es mas frondosa y mas lozana! Ellos son los que han proscrito la Biblia, ese poema universal que tiene por base el Génesis y por cúspide el Apocalipsis, que tiene por cuna el primer día de la creación y por sepulcro el último de los siglos; ellos los que han querido compartir la gloria de Erostrato para llevar á la posteridad el renombre de incendiarios. Por eso la corte de Roma redujo á cenizas los escritos de Juan Huss y de Giordano Bruno mientras subían al patíbulo estos célebres reformadores. Por eso los tribunales del oscurantismo mandaron quemar por mano del verdugo la obra del famoso historiador Mariana «*De rege et regis institutione*». Por eso el congreso republicano de Ginebra condenó al Emilio, y Rousseau, el acayado de la condesa de Vercelis, abdicó los derechos de ciudadano. Por eso, en fin, los jesuitas del tiempo de Pascal, anatematizaron á este filósofo profundo. Con otros emplearon distintas armas sacadas del provisto arsenal de su rencor y su ignorancia. ¿Qué han hecho sino con Cagliostro, que después de recorrer proscrito toda la Europa, fué denunciado á la inquisición de Roma y encerrado en el castillo de san Angelo por toda su vida? ¿Qué con Schubart, olvidado trece años en la fortaleza de Asperg, cuando había de ser mas tarde el genio tutelar de la Alemania? ¿Qué con fray Luis de Leon sepultado cinco años en las cárceles del Santo Oficio por haber traducido el cantar de los

cantares? ¿Qué con Harrington, Cardan, Vanini, Telesio, Ramus, Spinoza, Montaigne, Santa Teresa de Jesus y otros mil apóstoles de la humanidad, que han corrido perseguidos la senda de su vida, sin hallar, como los fugitivos israelitas, una tierra de promisión?

Sobre la sociedad que así ha tratado á los hombres mas ilustres de los pasados tiempos, debía recaer la execración de las futuras generaciones, como sobre las ciudades de Sodoma y Gomorra ha recaído el fuego del cielo, digno castigo de su depravación y su molición. ¿Con qué derecho nuestros antecesores han borrado del acta testamentaria de sus prohombres el catálogo de sus obras, el patrimonio de sus hijos, la herencia secular de la humanidad entera? ¿Con qué derecho han grabado sobre las puertas del saber esta inscripción con que el Dante, poeta divino, condenado á ser quemado vivo, describía la senda del infierno?

Per me si va nell' eterno dolore.

¡Genios del porvenir! rompí el padron de vuestra gloria si habeis de seguir la huella de vuestros predecesores. ¿A qué la inmortalidad, si ese nombre es la venda que encubre una vida de amargura? Arrojad al fuego vuestras obras, como Bocaccio y Figueroa antes de mendigar su luz pública como Saint Simon. Bajad á la tumba sin revelar al mundo vuestro ingenio como Andrés Chenier, antes de que os echen de vuestra cátedra como á Gall y Paracelso, ó de que os apedreen en medio de la calle por enseñar vuestras doctrinas, como á Raimundo Lulio. ¿Esperais, acaso, alguna recompensa por vuestros afanes? Acordaos de Wethneys, que hizo la fortuna de los Estados Unidos y murió de miseria en un granero: de Murillo, que legó á su patria un renombre en las bellas artes, y recorrió descalzo las calles de Sevilla: de Cristobal Colon, que dió un mundo á Isabel I, y á quien la misma reina mandó cargar de cadenas. ¡Cristobal Colon! ¡oh! dadme la historia de esos famosos viajeros que han impreso su nombre sobre el mapa del universo. Abramos ese libro por cualquiera parte y leamos: Magallanes, rechazado de su patria y alanceado por los salvajes de Maltau: Cook, muerto á traición en una escaramuza entre los indios: Hudson, victima de su tripulación y abandonado sobre el mar en una chalupa: Mungo Park, asesinado cuando quiso descubrir el desagüe del Nilo: Le Vaillant, encarcelado como sospechoso, y próximo á subir al cadalso: Bering, La Perouse, Nuñez de Balboa, Le Maire, Dufresne, Urbille, Badia, todos han demostrado con un fin trágico la suerte reservada al genio. Y si en vez de ese libro cogemos el de los hombres que han brillado en las ciencias y en las artes, de los que con sus teorías y sus aplicaciones mecánicas han dado á la civilización un impulso gigantesco, vereis reflejado siempre el mismo cuadro, la misma imagen con colores mas ó menos vivos. Y en prueba de ello ved á Fulton espulsado de Francia como un charlatan: á Silvestre II acusado de mágico por haber inventado los relojes de muelle: á Brunel y Papin espatriados: á Sennefelde morir en la mayor miseria: á Dolomieu sepultado en los calabozos de Sicilia: á Harbey perseguido por haber descubierto los misterios de la organización humana: á Condorcet suicidado; y por último, á Kepler, Pilatre des Rosiers, Agrícola, Leibnitz, Francœur y otros muchos que en este artículo llevamos ya citados.

En vano es querer ahogar á la inteligencia en su cuna, como es vano intentar detener á la humanidad en su marcha. Para el vuelo del pensamiento no hay cadenas, como para el giro del sol no hay obstáculos. ¿Qué importó haber sumido en hondas y lóbregas prisiones á Milton, Silvio Pellico, Voltaire, Marmontel, si de la oscuridad de un calabozo ha salido la brillante aureola del autor del *Paraiso perdido*; si de la fortaleza de Spitzberg brotaron *Mis prisiones*; si dentro de los antiguos murallones de la Bastilla se han escrito *La Henriada*, *Edipo*, *Los Incas* y otras muchas obras? ¡Ah! El recuerdo de la Bastilla ha llevado mi memoria á una época azarosa para el genio y á una nación fecunda en sangrientas revoluciones. Lacroix, Malesherbes, Lavoisier, Cazotte, Bayli, Carnot, Mad. Stael. ¿Qué de nombres bullen en mi cabeza! ¡Genios ilustres que han llenado con su fama al orbe entero, y que han sido el blanco de los vaivenes políticos de su patria! ¡Y cuántos descendieron de la tribuna parlamentaria, el cenit de su reputación futura, para arrodillarse en el patibulo revolucionario, e ocaso de su borrascosa existencia! ¡Cuántos desde el Capitolio marcharon á la roca Tarpeya!... Apartemos la vista de semejantes horrores, aunque en el cuadro que intentamos bosquejar no hallemos donde fijarla sin estremecernos.

Y en verdad, ¿á dónde dirigimos que veamos al genio sobre los altares de la estimación pública? ¿Le hallaremos en la escena, en ese daguerreotipo social sobre el que Maizeux reprodujo las costumbres de su época, caminando mas tarde para el destierro, falto de salud y de medios de subsistencia? Quizá bajo la máscara de Thalia se oculte la alegría de Momo. Alceos el telon de las reputaciones dramáticas. En el proscenio vemos á Shakespeare silvado en un teatro de provincia: á Calderon reputado por loco después que ha escrito la vida es sueño: á Goethe huyendo del mundo para encerrarse

(1) El terremoto que asoló á Lisboa en 1755 hizo desaparecer la sepultura de Camoens bajo los escombros de la iglesia de santa Ana. Después nadie se acordó del depósito que aquella iglesia contenía.

(2) En su testamento, otorgado la víspera de su muerte, se lee lo siguiente: «... y la dicha mi muger trajo por dote suya á mi poder 22,582 rs. de plata doble, é yo la hice de arras 300 ducados, de que otorgué escritura ante Juan de Pina, y de ellos soy deudor á doña Feliciania Felix del Carpio, mi hija única y de la dicha mi muger»....

«Declaro que la dicha doña Feliciania, mi hija, está casada con Luis Usategui, y al tiempo que se trató dicho casamiento le ofrecí 3000 ducados de dote, comprendiéndose en ellos lo que á dicha mi hija le toca de su abuelo materno.... y respecto de haber estado yo alcanzado no he pagado ni satisfecho por cuenta de la dicha dote maravillas ni otra cosa alguna....»

(3) Byron.—The prophesy of Dante. Dedication.
(4) En las cortes de Valladolid de 1555 se pidió (petición 107) que en atención al daño que había hecho y hacía á los hombres mozos y doncellas y otros géneros de gentes leer libros de mentiras y vanidades como un Amadis y todos los libros que después de él se han fugido de su calidad y lectura, y copias y farsas de amores.... manda S. M. que ninguno de estos libros, ni de otros semejantes, se lea ni imprima so graves penas, y los que ahora hay los mande recoger y quemar, etc.

en el castillo de Weimar. En segundo término aparecen: Corneille, el gran dramático de Luis XIV, suspirando por alimento antes de espirar: Lope de Vega, que pide en su testamento un empleo para su hijo político: Sabage entregándose á la corrupcion para olvidar su miseria: Racine silvado en su tragedia *Pedro*: Moratin, que abandona á su patria y exhala su postrer aliento en país extranjero: Moliere, que lleno de disgusto espira haciendo el papel de *el enfermo imaginario* en su comedia de este nombre. ¡Ah! Los bastidores de la escena teatral simbolizan la escena del mundo: á lo lejos la ilusion asombra: de cerca la verdad conmueve.

¡Hallaremos la felicidad del genio en el seno de la vida privada, en los brazos del amor? No; porque allí nos encontramos con el *that fatal she* del cantor de Childe Harold y los nombres de Macias, Rodríguez del Padron, Petrarca, Byron, Schulze y Larra nos demuestran lo contrario. ¿La hallaremos en la festividad de su estilo? Ved á Etienne Joui, que bajo el seudónimo de la *Chaussée d'Antin* describe las costumbres de su época, abandonando á la Francia por no subir al patíbulo. A Quevedo, que despues de siete años de encierro escribía con la hiel en el corazon y la risa en los labios el sabido romance:

*Paríame adrede mi madre:
Ojalá no me pariera....*

A Walter Scott, sucumbiendo bajo el peso de los trabajos que se habia impuesto para reparar su fortuna. A Lafontaine, que hubiera caído en la miseria si M. La Sabliere no le tendiese una mano protectora. A Larra, que salpicando de gracias sus inmortales artículos, describía de una plumada el corazon del hombre, leyendo en el suyo este espantoso letrero: *aquí yace la esperanza*. Larra, que con un escepticismo devorador solía esclamar: *mi vida es una cadena de males*, y que por eso rompió sus eslabones con el plomo mortífero de una pistola. ¡Genio infortunado que debe á la amistad el oscuro asilo en donde reposa, y á la imprudencia un epíteto que pesa sobre sus cenizas!...

Recordando los relieves de la Historia, trazando nuestra pluma los contornos de las figuras que mas en sus páginas sobresalen, hemos llegado al siglo actual, y si bien citamos algunos personajes que en él han florecido, otros nos quedan todavía para dar la última pincelada al primer término de nuestro lienzo. Tomemos de la paleta las tintas del dolor y escribamos el nombre de Espronceda! El Byron español que, semejante á un meteoro atravesó raudalmente la órbita de su existencia para dejar en pos de sí un rastro de luz radiante, inextinguible. *Desaparecer á tiempo del mundo es una de las condiciones de la gloria*, ha dicho Chateaubriand; y la gloria del autor del *Diablo mundo* ha acrecido con su muerte prematura. Víctima de las discordias civiles, emigraba en la flor de su edad, arrojando en las playas de Lisboa el pequeño caudal que le restaba. Las continuas vicisitudes de su existencia agostaron su cansado corazon, y lleno de esperanzas murió como Chenier, golpeando su cabeza y exclamando: *Es lástima! ¡Algo tenía yo aquí!*

La Rusia posee también su Byron, que ha llamado Lemortoff; genio destinado á heredar el talento y la trágica muerte de su antecesor Pouchkine. La Alemania perdió á principios de este siglo al fecundo Kozuebe, asesinado por el estudiante Sand: la Hungría á Cazinicy, encerrado durante siete años en las prisiones de Viena, y mutiladas sus obras por un infame tribunal.

Si dejamos el terreno de las letras para entrar en el de la ciencia política, veremos á Pitt en los mataderos de Pulteney, abrumado de deudas y muriendo en la mayor pobreza: al Divino Argüelles concluyendo sus días en una estancia miserable: á Rossi asesinado en Roma; y aunque por incidencia retrocedamos algunos años mas, no queremos olvidarnos de Campomanes, que ha muerto en la desgracia: de Jovellanos, que insultado, proscrito y enfermo, apenas halló un asilo donde poder espirar: de Francisco Bacon, calumniado y preso por deudas repetidas veces: de Maquiavelo, en fin, decretado de complicidad contra el cardenal de Médicis, y aplicado á la tortura. Como un coloso que abarca la literatura y la política, colocaremos al autor de *Los mártires*, á Chateaubriand, que le habreis creído feliz porque ha ocupado los puestos mas distinguidos de su patria; pero que no lo era porque al mismo tiempo escribía en el prefacio de sus *Memorias de Ultra-tun* lo siguiente: «Despues de haber vestido la piel del oso, que usa el salvaje, y el cañan de seda del mameluco, despues de haber padecido la pobreza y el hambre, la sed y el destierro, me he sentado como ministro y embajador, cubierto de oro, insignias y condecoraciones; á las mesas de los reyes, en funciones de príncipes y princesas, para caer luego en la miseria y probar los horrores de una prision.» Sus cenizas descansan en un rincón de la costa de Saint Malo, cual si hubiese querido huir del panteon que á los grandes hombres erigió la Francia reconocida. Panteon que hasta ahora ha dejado vacío el rencor de los partidos; pero que ofrece al genio la

duice tranquilidad de la muerte (1). Italia ofrece en su suelo las tumbas de sus hombres mas ilustres, cual otros tantos panteones que son las fuentes de la inspiracion del genio. Inglaterra nos presenta un Westminster, para encerrar dentro de sus envejecidas paredes las cenizas de los Newton y los Shakespeare. España tiene la fosa comun y encima de ella la losa del olvido. Los hombres que han derribado la casa de Cervantes, y que quizás en estos momentos hacen lo mismo con la de Hernan Cortes, aunque se vea sobre su fachada la lápida en que consta su desgraciado fin: los que han escondido bajo la sombra columnata de un cementerio los restos de Calderon, Larra y Espronceda, solo tienen bronce para grabar sus títulos, nunca los títulos del poeta: solo tienen mármoles para alzar monumentos en holocausto suyo, nunca en holocausto del genio.

Esta es la historia del saber, este es el catálogo de los mártires del talento. ¡Desgraciados aquellos á quienes no se les puede decir estas palabras de Lamennais, del divino Lamennais, que el clero califíco de impío: *Vous n'avez qu'un jour á passer sur la terre, fuyez en sorte de le passer en pain!*... ¡Y la suerte del genio será eternamente la misma? ¡Su historia se escribirá siempre con sangre como las leyes de Dracon? Entre las sombras de la lucha á que el orbe entero indudablemente se prepara, ¿no habrá un faro de salvacion para esos hombres que en medio de las borrascas conducen á salvo la humanidad errante? ¡Perecerán con ella?... Entonces exclamemos como Latour (2). ¡Ah! ¡Salvase al menos el culto del talento del naufragio de todas las ideas!

R. RUA FIGUEROA.

EL PUENTE DE CURZUL.

Las montañas del Cebrero dividen la vega del Vierzo del territorio perteneciente á la provincia de Lugo. Villafranca es la primera poblacion que recibe al viajero, despues de subir las laderas de un puerto donde se encuentran los vestigios de una elevada temperatura, y los frutos de una maravillosa vegetacion. La sierra del Cebrero no es una elevacion árida y pizarrosa como la que separa al Vierzo de la tierra de los maragatos, como Fuentebadon, donde elevándose el camino progresivamente, describe un arco de círculo, que el sol hace subir á una latitud tropical, ni tampoco es un apilamiento de montañas cónicas como Guadarrama, donde la nieve hace perpétuo asiento sobre la greñuda cabeza de los pinos seculares.

Bien dijo un célebre poeta de nuestros tiempos:—una montaña es un paisaje, lo mismo que una vela en el mar.

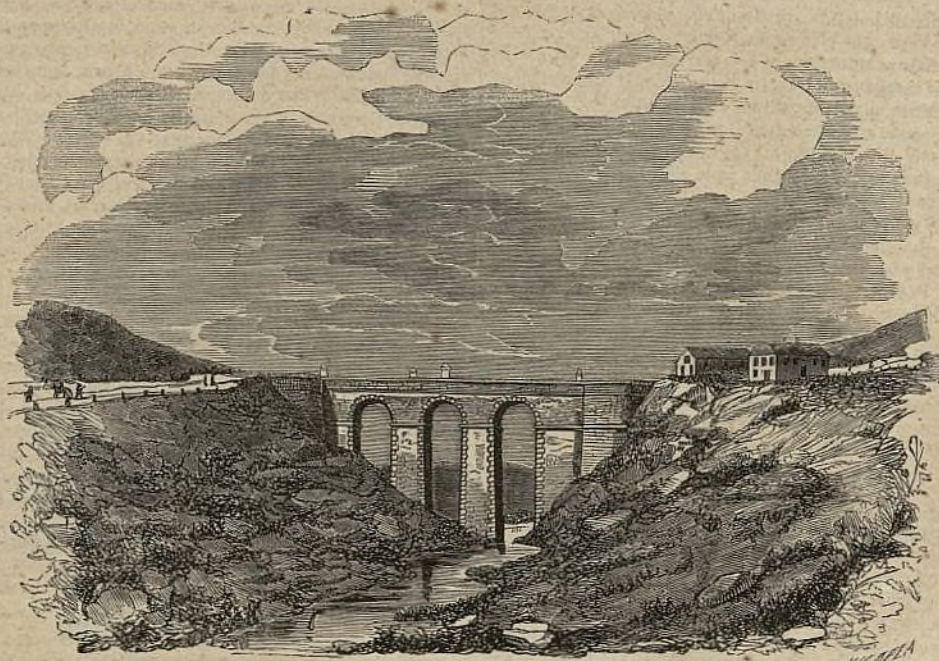
La sierra del Cebrero, inmenso remolino de cumbres unidas por derrumbaderos inaccesibles, pero revestidos de la sublime poesia de una naturaleza agreste y primitiva, presenta el carácter de esas montañas seculares donde el arte no se atreve, no sabemos si por miseria ó debilidad, á levantar sus pequeños monumentos.

El viajero, que dotado de una vigorosa organizacion, desea seguir con la vista la linea alterada á trozos por un escaso riachuelo, que aquí es pozo, allí cascada, mas allá álveo caudaloso por las corrientes despeñadas durante el invierno entre robles y castaños, y comprendiendo la magia irresistible de esas perspectivas espontáneas de la naturaleza, sube ó baja la espiral formada por la carretera en Piedrafitá, pareciéndose á una culebra colosal descansando al sol, encontrará en la sierra del Cebrero témpanos de hielo entre escarpadas rocas, y oasis de verdura al lado de bosques ruidosos, diviso en lontananza el humo de algunas chozas que no se ven, y el cual baja en tumbo perezoso por los derrumbaderos hasta desparramarse sobre el lino que el sol blanqueará. Entonces se perciben tambien acentos humanos que salen de entre las retamas, y que pasando de peña en peña se multiplican hasta perderse en una melancólica modulacion.

Las chozas de los habitantes del Cebrero tienen una apariencia primitiva, que contrasta con la feracidad de la sierra. En medio de un follage que dobla sus ramas sobre la carretera, ó bajo una cantera de granito, va ensanchándose un cono formado por cuatro maderos cubiertos de paja. Cada uno de estos es la choza de un pastor. Apenas tiene puerta: un pequeño muro cierra el espacio necesario para conservar los aperos de la labranza. Al revolver por un desfiladero ó subir por una ladera se encara el viajero con un semblante humano, grave y reposado, donde el sol ha marcado grandes y profundas arrugas. Es un habitante del Cebrero: en su fisonomia se echa de ver el reposo de esas organizaciones que combaten la canicula y la escarcha

(1) Los restos de una gran parte de los hombres mas distinguidos de la Francia, yacen confundidos con los de los mayores criminales. Entre aquellos citaremos á Mirabeau, el primer orador de los tiempos modernos, cuyo cadáver trasladaron dos agentes de policía desde el panteon al cementerio de Clamart.

(2) Biografía de Silvio Pellico.



Vista del puente del Curzul.

con el pecho descubierto y los pies descalzos. Para completar esta perspectiva de miseria en el hombre, y de esplendor en la naturaleza, es sorprendido algunas veces por una bandada de palomas silvestres, que rompen su vuelo cerca de sus pies con el atolondramiento de un ave herida, que se precipitan por aquellos derrumbaderos, ó por dos milanos que, remontándose en círculos concéntricos hasta una inmensa elevación, caen con una prodigiosa violencia sobre el mismo lugar donde habían ascendido, reposando sobre una peña de figura caprichosa, que ya se parece á un león, ya á una pirámide truncada, sobre su base. Los bueyes descansan en los remansos: los pastores haraposos parecen algunas veces por su inmovilidad la terminación de una cristalización calcárea donde están sentados.

En el pequeño lugar de *Castelo* empiezan las montañas del Cebreiro, territorio celebrado por los quesos que llevan su nombre, y que formados á la caída del otoño entre pedazos de un lienzo, que podía competir con el empleado en las velas de las embarcaciones, presentan la informe esterilidad de una elaboración salvaje. La carretera, á pesar de las revueltas que forma para hacer mas llevadera la elevación de las montañas, empieza á subir desde el puente de *Senra*. El viajero atraviesa los lugares del *Cerejal*, *Nogales* y *Becerreá*. Desde que se llega á *Doncos*, pueblecillo que corona la parte mas elevada de la sierra, empieza la bajada hasta *Villafranca del Bierzo*. En mulo de maragato es la jornada de un día: en la silla de postas, de algunas horas: se almuerza en *Villafranca* y se come en la *Coruña*. Entre los *Nogales* y *Doncos* se encuentra el celebrado puente de *Curzul*, cuya vista exacta y pintoresca presentamos á nuestros lectores al frente de esta página.

El puente de *Curzul* está situado á seis leguas y media de la antigua ciudad de *Lugo*, sobre el río que lleva su nombre. El camino que lo empalma con las dos montañas sobre que está asentado, ha sufrido frecuentes y repetidas renovaciones, porque la poca solidez con que había sido construido y las grandes corrientes de agua que, desprendidas de la nieve caen en el invierno de la cumbre de la sierra, hacían intransitable uno de los desfiladeros mas peligrosos de la carretera de *Castilla*. De esta suerte se construyeron gruesos paredones y se desahogó el camino con espaciosas alcantarillas que permiten curso rápido y seguro á los torrentes que aumentan el cauce del río *Curzul*.

En 1792 el ingeniero don José Machado, que dirigía la carretera de *Castilla*, para evitar que el camino bajase por una pendiente escabrosa y de difícil acceso, sobre unos fuertes pilares de remota antigüedad, y que habrían quedado tal vez abandonados por lo atrevido del pensamiento, concibió el colosal proyecto de elevar un puente que, salvando el precipicio, uniese las dos colinas, como el que mas tarde se había proyectado sobre el río *Ulla* en *S. Juan de Coba*. Este proyecto, á pesar de los inconvenientes que presentaba, no solo por

su coste, sino también por su desempeño, fué llevado á cabo bajo una dirección hábil é inteligente. A pesar de que los materiales de construcción estaban en las próximas canteras, y que en la obra se emplearon mas de trescientos operarios vizcaínos, la construcción del puente de *Curzul* duró mas de veinte años.

Al revolver el viajero por la espiral que forma la carretera delante de sus arcos, reconociendo la sima estrecha sobre que está colocado, se admira el arranque atrevido de sus arcos y la línea de perspectiva que forman sus andenes. Durante el invierno no es un puente para un riachuelo, como se echa de ver durante las templadas estaciones, sino el dique de una corriente agitada por el sacudimiento del agua sobre las quiebras de las montañas, y briosas con los deshielos que se precipitan de las laderas.

La elevación del puente de *Curzul* es de 102 pies sobre el nivel del río que lleva su nombre; pero su construcción es sorprendente por los andenes de piedras grandes de caliza azulada, dos plazuelas circulares en sus entradas, y seis pilares que le dan un realce extraordinario.

Después de presentar á nuestros lectores la descripción pintoresca de la sierra del Cebreiro, para reconocer con mayor exactitud la importancia y elevación del puente de *Curzul* como una construcción maestra del arte, debida al célebre ingeniero gallego don José Machado, terminaremos esta relación refiriendo un suceso que ha podido comprometer la solidez y duración de esta obra. En la retirada que hicieron las tropas españolas al comenzar la guerra de la Independencia en la provincia de Galicia, el general Mahy mandó volar uno de los arcos del puente de *Curzul* para evitar que el enemigo le alcanzase antes de rehacerse y prepararse á la defensa. Esta resolución no revelaba otro inconveniente que la falta de conocimientos topográficos, por cuanto á la pequeña distancia de unos cuarenta ó cincuenta pasos, el río *Curzul* tiene un vado practicable, por el cual no solo podían atravesar los soldados, sino también las cureñas de la artillería y los carros de las provisiones.

Posteriormente fué renovado el arco reventado, y en la actualidad se presenta al viajero con el carácter de duración y solidez que imprimen á las obras de arquitectura el aplomo y la inteligencia.

Setiembre—1849.

ANTONIO NEIRA DE MOSQUERA.

UN DIA DE CAMPO.

—Digo á Vds. que me es imposible: lo siento, pero...

—Vamos, no hay remedio: vendrá V., ó de lo contrario perdemos las amistades. ¡No faltaba mas!

—¡Pero si no puedo!....

—¡Pues no ha de poder V.! Esas son disculpas. ¿Qué tiene V. que hacer?

—He dado palabra á un amigo de estar en su casa á las dos y media.

—Con los amigos siempre se tiene cumplido.

—Pero es preciso, porque acaba de llegar de provincias y....

—Nada: el muchacho irá á decir á ese amigo que le han comprometido á V. á quedarse á comer en cualquiera parte.

—No, no: es inútil. Tengo tambien que hacer dos visitas.

—¿No está V. siempre diciendo que le empalagan las visitas, y que primero se dejaría emplumar que....

—Sí: pero hay circunstancias en que es indispensable hacerlas.

—Concluyamos: V. no quiere venir con nosotros porque tal vez le desagrade nuestra compañía: en ese caso no hay mas que hablar.

—Me ponen Vds. en un grave compromiso.... Iré donde Vds. gusten: desde este instante estoy á su disposicion.

Este diálogo tenia lugar en Madrid, día 24 de junio á las diez de la mañana, poco mas ó menos (soy partidario de la exactitud en las fechas) en casa de don Toribio de..... Interlocutores: el supradicho señor y mi humilísima humanidad. Testigos presenciales: la muger de don Toribio y su hija Pepita. Por aquí he debido empezar, pero ya no hay remedio.

Fáltame decir lo que motivó la escena anterior, y lo haré en breves palabras. La casualidad, que dispone las cosas á su antojo y no siempre á nuestro gusto, hizo que yo me hallára el referido día en casa de mi amigo don Toribio, y que llegára en la peor ocasion del mundo, cuando estaban tratando de un día de campo. Así me lo dijeron, invitándome al propio tiempo á que formára parte de la caravana. Me escusé como pude, pero en vano. Despues de una acalorada discusion me vi obligado.... pero esto ya lo saben mis lectores.... ¿Dónde estábamos?... ¡Ah! pronunciando yo aquellas terribles palabras:—Desde este instante estoy á su disposicion.

—Así me gusta,—esclamó don Toribio:—ya verá V., ya verá V. cómo nos divertimos. El día se presenta hermosísimo. Tomaremos un coche y saldremos á las once, porque hemos de ir lejos, lejos, al aire libre. ¡Oh! el campo es lo mas delicioso.... ¿No es V. aficionado al campo?

—Sí: me gusta.... Alguna que otra vez he salido á pasear.... Pero hace tanto calor....

—¡Qué! no diga V. eso; en el campo siempre hace fresco.... Vamos, vamos: son las diez dadas y no hay que perder tiempo. A ver, Juan; á buscar un coche, pronto, que sea cómodo, capaz, bien suspendido....

—Voy corriendo, señor.

—Mira: si pudieras encontrar aquel en que fuimos á Vallecas hace dos meses.... ese sería el mas á propósito; tiene buenos caballos.... Pero no te detengas, trae el primero que encuentres.

—Bien, señor.—Y salió el criado.

—Se ha de divertir V., estoy seguro.... ¡Ah! ¿dónde está Juan?

—Ya marchó á buscar el coche, dijo doña Andrea, es decir, la muger de don Toribio.

—¡Voto va! se me olvidó.... Aun puede que se le alcance á ver desde el balcon.... Allí va.... ¡eh! ¡muchacho! ¡Juan!.... Que no vayas á traer un tres por ciento.... ¿Cómo?... Bien, sí; pero no tardes.

—Hombre, no des esas voces, que alborotas la calle.

Me olvidé decir que don Toribio habitaba un tercer piso, y que aquella casa tenia entresuelo.

—¡Qué importa!—dijo don Toribio entrando en la sala;—pues no faltaba mas, que no tuviera uno libertad para llamar á su criado desde el balcon.... Pero ¿qué haces que no vas á aviarte? ¡Qué calma te neis, Dios mio!... es para desesperar á cualquiera.... Y V. ¿piensa ir en ese traje?—añadió dirigiéndose á mí.—¡Qué disparate! Para el campo la peor ropa. Síle viniera á V. una chaqueta mía de tela.... Probaremos.... A ver, quítese todos esos adefesios, la levita, el chaleco, los guantes, la corbata.... ¿Le oprimen á V. las botas?

—No señor, no: me están bastante desahogadas.

—Porque se las podía V. quitar y ponerse mis zapatos de caza.

—No hay necesidad.

A los dos segundos me hallé en mangas de camisa; y tal era mi turbacion, que habia empezado á desabotonar los tirantes para desnudarme tambien los pantalones; pero sali de mi estupor al ver aparecer á don Toribio trayendo en la mano una especie de chaqueta de mahon.

—Ea, aquí está. Algo ancha le será á V., pero eso no importa: estará V. mas desembarazado.

Envolvi mi cuerpo en aquel saco sin decir palabra pero sudando tinta.

—¡Eh!... ¡magnifico!... Le sienta á V. divinamente... Voy ahora á buscar una gorra de camino, ó cualquier cosa....

—No: no hay necesidad.

—¡Pues no faltaba mas! ¿Quiere V. estropear el sombrero en el coche?

Don Toribio era hombre de una estatura colosal (habia sido Guardia de Corps) y de una crasitud mas que mediana: añadid á esto que era sumamente aficionado á gastar holgada la ropa, y formareis una idea aproximada de la rara figura que haria un individuo de cinco pies escasos y robusto como una prima de guitarra, dentro de una chaqueta de mahon del uso del referido señor. Ademas, la esposa de don Toribio era toda una muger de gobierno y económica, y habia sabido utilizar estas cualidades aplicando á una levita azul del mayorcito de sus hijos los botones de la chaqueta de mahon de su marido.

—Esto será bueno,—dijo don Toribio, volviendo á aparecer con un grotesco gorro de algodón, de figura cónica, encarnado y blanco, y cuya descripcion seria aiena de este lugar y mas propia del *Journal des Tailleurs*.—Perfectamente: ya está V. hecho un milord.... Pero ¿qué hará mi muger?... ¿Qué calma, Dios mio! ¡Andrea!

—¿Qué quieres, hombre? ¡Si nos dejarás en paz!—dijo doña Andrea entrando en la habitacion con su hija Pepita, que tendria unos once años. Ambas venian hechas unas miladys, segun la espresion de don Toribio; con esto me dispengo de hacer una pintura de sus trages.

—¿Está todo corriente?—preguntó su esposo.

—Sí: ya está todo.

—¿Y los chicos? ¿están vestidos?

—Sí: ya están.

—¿Habeis arreglado la prevencion?

—Sí, hombre, sí.

—¿La habeis colocado por último en el cesto grande?

—Sí: ya está.

—Bien: pues entonces ya podemos echar á andar.

—Pero ¿ha venido Juan con el coche?

—¡Voto va!... pues tienes razon.... ¿Qué diablos hará aquel gánapiro tanto tiempo por allá?... Y ¿cómo habeis puesto el pavo? ¿En pepitoria?

—¿No te he dicho ya que no; que le hemos mandado asar?

—Tal vez no le gustará asado á don Fernando.... ¿Cómo le gusta á V. mas el pavo, asado ó en pepitoria?

—De cualquier modo, contesté.

—Bien, pero díganos V. francamente....

—¿No le digo á V. que me gusta de cualquiera manera?

—Pero ¿á que le gusta á V. mas en pepitoria?

—Sí; es verdad: en pepitoria....

—¿Lo ves, muger? Si en cosa que vosotras pongais mano lo habeis de echar á perder siempre. Y eso que se lo dije: ponle en pepitoria; pues no señor; por lo mismo ha de ser asado....

A este tiempo entraron los dos hijos de don Toribio.

—Papá, ¿cuándo nos vamos?—dijo el menor, que tendria unos seis años—yo quiero ir en coche contigo....

—Sí, hijo, sí.... Pero ¿dónde mil rayos estará aquel badulaque? Ya hace tres cuartos de hora que salió.... Me parece que para buscar un coche no se necesita tanto tiempo.

—Dí, mamá: ¿viene con nosotros don Fernando?—preguntaba Federico, el mayor y el mas travieso de los dos.—¡ay!... mira papá... don Fernando se ha puesto tu chaqueta.... Papá....

—¿Qué quieres, hijo?... ¿Si le habrá sucedido algo?... ¡tanto tardar!

—¡Papá!... mira....

—Me parece que tendré yo que salir, porque si no....

—¡Papá!—repetia Federico, cada vez mas impacientado y tirando á su padre de los faldones de la levita.—Papá....

—Hijo, por Dios.... ¿qué quieres?... Me estás atormentando la cabeza con tus chillidos.

—Que don Fernando se ha puesto tu chaqueta.

—Bien, sí: ya lo se: déjame en paz.

—Y el gorro que llevó Juan á las máscaras, añadia Carlitos.

—¡Qué mal parece don Fernando con la chaqueta de mi padre!—esclamaba Federico.—Y no se le ven las manos....

—Vámonos, papá, que ya es tarde—decia Carlitos.—¡Ay! mira... dice Federico que yo no voy á comer tortilla con jamon.... ¿Verdad que sí?

—Sí, hombre, sí. ¡Ya estás pensando en comer!

A este tiempo sonó la campanilla.

—¡Gracias á Dios!—esclamó don Toribio, lanzándose hácia la puerta.—¡Ya era hora!... Pero hombre ¡qué pelma eres! Una hora para buscar un coche, que es cosa de diez minutos.... Vamos, vamos,—añadió dirigiéndose á nosotros.—Son las once y no hay que perder tiempo.... ¡Juan!

—¡Señor!

—¿Digiste que esperára á la puerta?

—¿Quién, señor?

—¿Qué torpe eres!... ¿Quién ha de ser? el coche.

—Pues eso iba á decir: que no le he encontrado.

—¿Cómo que no?

—Me he cansado de correr por todas partes, y no he podido dar con ninguno: todos están tomados.

A estas palabras, don Toribio dió una fuerte patada en el suelo, echó un voto, se puso pálido, y con un temblor convulsivo tomó el sombrero y se dirigió á la puerta.

—¿Dónde vas?—preguntó su esposa.

—A traer una docena de coches antes de cinco minutos:—contestó furioso y salió.

Los muchachos que empezaban á ver desvanecidas sus esperanzas de ir en coche y comer tortilla con jamón, dieron principio á un duo de lamentos en octava alta, que no había timpano cristiano que pudiera escucharle. Doña Andrea se esforzaba inútilmente en ponerlos unisonos por medio de amenazas que de cuando en cuando los dirigía. El concierto se hacía de todo punto insoportable, hasta que la mamá-directora tomó el partido de marcar el compás con un zapato alternativamente sobre las espaldas de los jóvenes cantantes. Con aquella lección de solfeo las disonancias se hicieron menos desgarradoras; pero continuaba el duo *sotto voce*; y solo despues de mucho tiempo se pudo lograr que llegaran al *allegro*, y fué cuando entró don Toribio, y con voz de bajo profundo debió: «el coche espera.»

Todos nos pusimos en movimiento á esta señal. Bajamos la escalera.... Efectivamente, á la puerta de la calle vimos parado un coche (por lo menos así le llamaba don Toribio).

—Ea, ir subiendo, dijo este.—¿Se olvida algo, Andrea?

—Me parece que no... ¿Has dicho á Juan que baje la prevención?

—Aquí está.—Y apareció el criado cargado con un enorme canasto.

Fuimos entrando en aquel cajon con ruedas, que, aunque bastante espacioso, no lo era tanto que pudiera dar cómoda acogida á cuantos iban subiendo. Doña Andrea, muger de una humanidad mas que regular, necesitaba la mitad del carruaje: se acurrucó con su hija en la testera, con lo que quedó aquel asiento inhabilitado para contener ningun otro ser viviente, aunque hubiera sido una lagartija. Era preciso ver cómo se acomodaban las personas restantes, á saber: don Toribio (por Dios, no olvidarse que había sido Guardia de Corps); Federico, Carlitos, el cesto (este no sé si habría sido Guardia de Corps, pero tenía para ello excelentes cualidades), y una chaqueta de mahon de don Toribio, dentro de la cual iba perfectamente metido el que relata. Todos estos objetos entraron en el coche; yo no os diré cómo, pero es lo cierto que entraron. Don Toribio y yo ocupamos el asiento vacante; Carlitos se acomodó sobre las rodillas de su hermana; Federico sobre las de su padre, y el cesto sobre las mías.

Toda la gente que pasaba por aquella calle, que es de las mas transitadas de la corte, se detenía alrededor del coche á gozar del espectáculo que tan oportunamente se les presentaba. Yo estaba corrido al ver aquella turba de importunos que celebraba con grandes risotadas el cuadro vivo del género grotesco con que les obsequiábamos gratuitamente. Deseaba, por verme libre de sus insolentes miradas, que estallara una revolución, que hubiera un terremoto, un huracán, un diluvio, ó que echara á andar el coche. Al fin sucedió esto último, que era á mi modo de ver lo mas difícil, y que me hizo creer en la posibilidad de ver algun dia volar á un buey sin alas, y moverse una diligencia sin caballos: tan débiles me parecieron los que aparentaban tirar de nuestro coche. Los alegres espectadores de la calle nos despidieron con una salva de aplausos, y nuestro carruaje empezó á rodar magestuosamente en direccion de la Puerta de Toledo.

Entonces don Toribio sacó su reloj de caja de concha y dijo: las doce, aun tenemos tiempo.

Hacia un calor horrooso. El coche no tenía cortinas ni persianas, ni cosa alguna que pudiera debilitar al menos la luz del sol, que entraba por la ventana mas próxima al sitio que yo ocupaba. Así es que el sol por una parte; las rodillas de doña Andrea, colocadas en frente de mí, por otra; los pies de Federico, que me acariciaban de vez en cuando las espinillas con sus brusecas sacudidas, el humo del cigarro habano que fumaba don Toribio; y mas que todo el descomunal canasto, al que iban sirviendo de cimientos mis rodillas, y que me abrumaba bajo su peso; todo esto me hacía renegar del genio campestre de don Toribio, y me tenía cargado hasta no mas.

—¿Qué es eso, hombre? No parece sino que vá V. disgustado.... ¿Le incomoda á V. el canasto?

—No señor, no: voy perfectamente.

—¿Qué diablo! Es preciso sufrir un poco: todo es una hora de mal camino. No le pesará á V.: ya verá V., ya verá V. cómo nos divertimos.

—¿Qué calor!—esclamaba doña Andrea agitando su abanico.—Ha sido una locura salir á estas horas: ¡es insoportable!... En metiéndosete una cosa en la cabeza aquello ha de ser... Voy á ponerme ma-
la... ¡Uf!...

—Mira, Andrea, si has de empezar con tus letanías mas vale que te vuelvas á casa... Es tontería, donde hay mugeres...

—Mamá tiene razon, decía Pepita: yo estoy sudando...

—Pues, hija, aguantarse: tambien yo sudo y soy tan bueno como vosotras. No: si sé yo esto, nos hubiéramos venido solos don Fernando y yo.

—Y yo, papá, decía Federico con muy mal gesto.

—Y yo tambien, añadía Carlitos...

—Si, hijos, si: pero con vuestra madre y hermana no se puede ir á ninguna parte.

(Concluirá.)

FERNANDO MARTIN REDONDO.



Una posicion difícil de conservar.

El artista no nos dice por qué concurso de azares ó de imprudencias ha llegado su héroe al extremo en que se halla. Se contenta con mostrárnosle sentado sobre los abrojos de hierro que guarnecen una barrera, sin poder bajar hácia la derecha porque un toro amenaza enristrarle con sus astas: hácia la izquierda porque dos mastines ladran con furor mostrándole sus aguzados dientes: hácia adelante porque hay un pantano, ni hácia atrás porque hay un cartel que le advierte que hay trampas! En esta posicion delicada, nuestro desgraciado personaje dirige tristes miradas al cielo, único camino que le aparece espedito, pero en el que busca inútilmente el medio de salvarse.

¿Qué será de él rodeado por tantos peligros? Lo que les sucede á tantos necios ó aturdidos colocados como él entre pasiones que amenazan, acreedores que ladran, humillaciones que manchan, y bribones que están tendiendo siempre trampas.

¿Cuántas personas se reirán de este individuo, sin imaginarse siquiera que no están ellos mejor colocados en la vida que este pobre hombre en su barrera! Pero el ridículo necesita chocar á la vista para ser conocido fácilmente. Nadie comprende, por ejemplo, lo profundamente cómicas que son las oscilaciones de la inteligencia humana á caballo en el razonamiento, y cualquiera se reirá del labriego borracho que Lutero le dá por símbolo, y que, echado sobre su bucéfalo, se levanta del derecho para caerse al izquierdo.

LA HISTORIA.

Soneto

DEDICADO Á MI QUERIDO GATEDRÁTICO DON EUSTAQUIO LASO.

De un olmo rey, señor de la espesura,
Bajo el ramaje descansaba un día,
Y mi mente feliz se adormecía
En dulces sueños de eternal ventura.

Del sol la llama rutilante y pura
Se hundió en los senos de la mar bravia;
Y ya la estrella en el cenit lucía,
Fiel precursora de la noche oscura.

—Tal es del hombre la existencia vana,
En rudo acento prorrumpianhelante:
Nacer, brillar un punto, y al oscuro
Hondo abismo rodar; cuando cercana
Oigo una voz que me responde amante:
Mira á mi Cielo y le verás mas puro.

FRANCISCO VILA y GOYRI.

Madrid—Febrero 1849.

MADRID. Imprenta del SEMANARIO E ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.